

El Juicio De Dios Sobre El Mundo

Martín Lutero

Sermón para el 26° Domingo después de Trinidad. Fecha: 25 de noviembre de 1537.

Texto: Mateo 25:31-46. *Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.*

Introducción: En este Evangelio se enfoca el tema de las buenas obras.

En el calendario eclesiástico de este año figura un 26° domingo después de Trinidad. Como no existe un Evangelio propio para este día, decidí predicar sobre el pasaje de Mateo que acabo de leerles. A través de todo el año oís hablar siempre de nuevo acerca de la fe y de las obras, y de que somos salvados exclusivamente por la pasión de Cristo. Es que como no resulta conveniente ni posible exponer todos los puntos de la doctrina cristiana en un solo sermón, hay que repartirlos sobre la serie entera de domingos y días festivos.

El pasaje evangélico en cuestión tiene por único tema las obras, porque lo de las buenas obras también es uno de los puntos sobre los cuales es preciso predicar. Y lo que ese Evangelio dice al respecto, lo dice con pocas palabras, pero con mucha claridad. Hay otros Evangelios que hablan solamente de la fe. La verdad es que en nuestros sermones tenemos que tratar tanto el tema de la fe como el tema de las obras. Y bien, el Evangelio de hoy es una enérgica e insistente

exhortación al bien obrar. Si uno no se siente incitado fuertemente por dicha exhortación, no sé qué podría incitarle.

1. Cristo vendrá para juzgar a todos los hombres, y para apartar a los unos de los otros.

La palabra de Cristo da certeza acerca del juicio que seguirá a la muerte.

En nuestro texto, Cristo dice que el Hijo del Hombre vendrá para el juicio. Si no se nos hubiera dado esta información, tendríamos grandes deseos de saber qué habrá después de esta vida. Ahora oímos de la boca de Cristo y tenemos ante los ojos lo que nos espera, a saber, vida eterna o muerte eterna. Nadie escapará al juicio, porque todos tendremos que pasar por la muerte. Y es cosa segura que después de la muerte, los hechos se desarrollarán en la forma que aquí se describe: vendrá el Señor, y se hará el juicio; y ante este juicio comparecerán todos los hombres, los buenos y los malos. "Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2ª Corintios 5:10). Esto es lo que se nos ha anunciado. La muerte la vemos, el juicio no; pero estamos notificados de que todo sucederá tal como aquí se detalla.

Con toda razón, el juicio que nos espera nos infunde miedo.

En el día postrero, Cristo descenderá del cielo con grande e impresionante majestad y gloria, acompañado de todo el ejército de los ángeles; en las nubes será su asiento, y todos le verán. Nadie podrá ocultarse para huir de su rostro, sino que todos tendrán que hacerse presentes. Verdaderamente glorioso será el juicio aquel, e inefable la majestad, cuando todos los ángeles estén sentados en derredor, y Cristo en medio de ellos. Si hoy o mañana se nos apareciera siquiera un sólo ángel, no sabríamos qué hacer de puro miedo. Un ladrón y malhechor se siente sumamente molesto cuando le llevan ante un tribunal humano; se avergüenza de su hurto y de su asesinato, y a la persona que le juzga, a pesar de que ésta es un mortal como cualquier otro, le tiene una profunda aversión. Un juez no es más que un ser humano; no obstante, cualquiera se llena de horror al oír que le citan para estrados. ¡Qué será ante aquella majestad y gloria, donde vendrán no sólo tres o cuatro ángeles a juzgarnos, sino las huestes celestiales en su totalidad, y el Señor de los ángeles junto con ellos! Sería bueno que tuviéramos muy en cuenta todo esto, para que cuando llegue ese solemne momento, lo podamos enfrentar con honor y alegría,

El juicio de Cristo significa una separación radical.

"Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda." Los que reciben su asiento a la derecha de Cristo, no tienen por qué asustarse ni abrigar temores. En cambio, entre los sentados a su izquierda reinará el espanto y la desesperación. "Entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará a los unos de los otros." Todos vendrán, desde los cuatro vientos, y él les ordenará con fuerte voz: "¡Los cabritos para allá, las ovejas para acá!" Los llamados "cabritos" son los que omitieron hacer obras buenas, "ovejas" en cambio llama Jesús a los que hicieron el bien.

"Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, y a los de la izquierda: Apartaos de mí." Aquí se nos describe cómo será el procedimiento que Cristo empleará en el juicio final, y cuál será la sentencia. "Apártate, vete al castigo eterno, tú que hiciste lo malo; vosotros empero que hicisteis lo bueno, entrad en la vida eterna. Pues lo que hicisteis, a mí lo hicisteis. Vosotros en cambio, los que estáis a mi izquierda, a vosotros os digo: Lo que omitisteis, en perjuicio mío lo

omitisteis." Mas todo este procedimiento, también las réplicas de los buenos y de los malos, será cosa de un solo momento; pues en aquel día serán revelados los corazones de todos los hombres. Aquí se predicán y se explican estos acontecimientos; allá se hará pública la sentencia.

2. Los elementos de juicio de Cristo serán las obras de misericordia.

Estas obras tienen para él un carácter ejemplificador.

Podríamos preguntarnos por qué Cristo menciona precisamente estas 6 obras de misericordia y las otras 6 que son frutos de un corazón inmisericorde. Pues en última instancia, todas ellas están dentro de lo que se nos prescribe en el 5º Mandamiento. "No matar", "no enojarse contra el hermano" significa, conforme a la explicación de Cristo: "Ayuda a tu prójimo con toda amabilidad, con hechos y con buenos consejos; si tu enemigo tuviere sed, dale de beber; si uno necesita una túnica, dale también la capa⁴. Si no lo haces a él, tampoco a mí lo hiciste." El ser bondadosos y misericordiosos unos con otros, y en especial para con aquellos que nos dieron ocasión para airarnos, — todo esto son obras prescritas en el 5º Mandamiento. Podríamos llamar "obras de misericordia" también el dar a la mujer, a los hijos y a la criada de nuestro prójimo el honor que les corresponde, el no robarle sus bienes. El hecho es que Cristo menciona la misericordia, y las 6 obras relacionadas con ella, sólo como un ejemplo. En su enumeración faltan las obras requeridas por el 1º, 2º, 3º y 4º Mandamiento, tampoco hace referencia al 6º Mandamiento que condena a los fornicarios y adúlteros y toda impudicia. Además, hay otro pasaje en el Evangelio según San Mateo donde el Señor usa expresiones mucho más severas, asegurando que en el día del juicio los hombres tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan hablado. Otros puntos pasados por alto son: la disciplina a que debemos someter nuestro cuerpo, así como también la oración y el oír la palabra de Dios de que se habla en el 2º Mandamiento. El único mandamiento que se toca es el 5º, y aun de éste no se especifican más que unas cuantas obras; las relacionadas con el 7º, 8º, 9º y 10º Mandamiento no aparecen para nada en esta lista.

En cuanto a obras de misericordia, los evangélicos quedan bastante mal parados.

¿Por qué será que Cristo emite un juicio tan severo en cuanto a obras que hacen también los turcos y los gentiles? Un turco trata al otro como si fuera su hermano; si uno cae prisionero y otro tiene algo que comer, sin más lo comparte con el necesitado. No cabe duda: todas estas obras mencionadas aquí por Cristo, los turcos las practican con más asiduidad que nosotros. También los griegos y los romanos por su parte crearon fondos para socorrer a los indigentes. ¿Por qué Cristo habla con palabras tan elogiosas de tales obras? Tal vez quiera decir con ello que después de la revelación del evangelio, los cristianos se están tornando peores de lo que eran antes los paganos. En verdad, mucho me temo que sea ésta su opinión. ¿No había dicho Jesús ya en una oportunidad anterior, en el mismo Evangelio según San Mateo (19:30): "Muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros"? Lo mismo hay que decir también ahora: los que debieran ser los mejores, serán los peores. La gente es hoy más mala, menos dadivosa y menos misericordiosa que antes. Bajo el papado, y en tiempos en que se practicaba un culto falso, hubo más disposición para las obras de caridad que actualmente. En el papado había que hacer fuertes donaciones para la edificación de templos y conventos. Asimismo, se podía recurrir confiadamente a cualquier príncipe en Alemania: allí se recibía de beber, de comer, y muchas cosas más. Pero hoy día, lo

único que saben es desollarlo a uno, y arañar cuanto dinero puedan; cada cual hace como si el otro fuera su enemigo. ¡Y esto sucede después de que el evangelio ha salido nuevamente a la luz! Fíjate en toda esa gente, y luego dime: ¿dónde hay una ciudad que hace los esfuerzos suficientes como para reunir el dinero que demanda la mantención del pastor, de su ayudante, y de la escuela? Si las ciudades y aldeas no tuvieran algunos fondos de reserva de tiempos anteriores, el evangelio ya habría desaparecido. Una ciudad entera no sería capaz de dar alojamiento y mantención a un solo pastor. Pero esto no es todo: los nobles señores incluso se apoderan por la fuerza de los bienes de la iglesia, de modo que no nos queda con qué pagar a los predicadores y maestros. Resulta pues que ahora, con el evangelio nuevamente a su alcance, los hombres son peores que antes. Tan vergonzoso es el comportamiento de la gente, tan inmisericordes son, que hasta parece que quisieran matar de hambre al evangelio. ¡Saca la cuenta, si quieres, de lo que se aporta aquí en Wittenberg! Vosotros, sí, vosotros pertenecéis a los que no quieren dar de comer a Cristo; quiere decir, no sustentáis a vuestros predicadores, estudiantes y mendigos. ¿Qué le responderéis a Cristo en el postrer día? ¿Acaso no oísteis sus palabras: "Tuve sed, y no me disteis de beber"? Mas lo que no hiciste a los que necesitaban tu ayuda, tampoco a Cristo lo hiciste. Y si entonces quieres responderle a Cristo diciendo: "Señor, no te vi" — ¡al diablo con esta desvergonzada excusa! ¿No hubo aquí predicadores que os enseñaron y explicaron la palabra de Dios con toda claridad?

A los cristianos incompasivos los alcanzará el riguroso juicio de Cristo.

Y conste que no soy yo el iniciador de todo esto; lo trajo consigo el desarrollo de los acontecimientos. Por eso, los mejores príncipes en tiempos anteriores fueron aquellos que fundaron parroquias, escuelas y hospitales para los enfermos. Así fue en los primeros años de la iglesia, como leemos en el libro de los Hechos. Y la misma práctica se siguió también más tarde: que la congregación debe mantener a los que están a su servicio. Pero en la actualidad, esta práctica ya no da resultado. De ahí que si de nosotros dependiera, el evangelio ya habría vuelto a desaparecer. Si aquellos que ahora yacen en los sepulcros, no hubiesen echado las bases, hoy día no tendríamos ni parroquias ni escuelas ni nada. Con su sórdida avaricia, los campesinos y los nobles habrían acabado con el evangelio ya hace mucho. Si no fuera por la intervención del príncipe, no sólo ya habríamos perecido de hambre, sino que incluso habríamos sido asesinados por los campesinos, los nobles y los habitantes de la ciudad. Y eso que la gente de hoy ya no es tan pobre como la de antes; prueba de ello es el hecho de que en la actualidad es prácticamente imposible conseguir mano de obra. Esto lo digo por cuanto todas estas cosas son obras de la misericordia exigida por Cristo, y por cuanto en el postrer día, los cristianos seremos hallados, en lo que a tales obras se refiere, en condiciones muy inferiores a las de aquella gente, a pesar de que fue su idolatría lo que los impulsó a hacer más que nosotros. Por otra parte, si son condenados los que omitieron hacer dichas obras de misericordia — ¿dónde quedarán aquellos otros que conscientemente obligan a los hermanos de Cristo a padecer hambre, los arrojan a la cárcel, y los matan? Con toda seguridad, Cristo no habrá olvidado a esos asesinos. Pues si tienen que sufrir la sentencia condenatoria los que no hicieron obras de misericordia: ¿qué decir de los que arrebataron a la iglesia lo que los emperadores y reyes le han donado? Así, en efecto, lo hacen los obispos, los abades y canónigos: disipan el patrimonio de la iglesia con sus comilonas, y sus juegos, y matan a la gente; entre tanto, los templos se hallan en un estado de lamentable abandono, y el pueblo cristiano se ve privado del evangelio. Si nosotros, que no damos ni ayudamos en la medida como debiéramos, somos condenados, ¡a cuánto mayor profundidad del infierno serán arrojados los que arrebatan el Dan a aquellos a quienes la iglesia debiera proveer el

alimento! Tan horrendo es esto, que alguno de .esos obispos o monjes rapaces debieran preferir haber muerto en el seno de su madre, o haberse ahogado la primera vez que le bañaron. Son todos unos asaltantes, no de los ricachones, sino de los pobres, a quienes les quitan la última camisa y les sacan el bocado de entre los dientes, a saber, a las pobres iglesias parroquiales, a las escuelas y los hospitales. Ladrones patentes son, a quienes habría que desterrarlos al último confín de la tierra. No es necesario que preguntes si vale la pena estar bajo el papa; míralos a ellos: viven en la mayor tranquilidad, y como si esto no fuera suficiente, cometen asaltos y robos, les quitan a los pobres el pan cotidiano y se entregan a todos los lujos y placeres. Estos ejemplos son en verdad horribles: tienen la muerte ante sus ojos, el juicio ya los está esperando, y todo sucederá tal como el Evangelio nos lo describe. En ese Evangelio, Cristo nos muestra que si los cristianos, habiendo recibido la gracia, procedemos como los perros y los puercos mencionados en 2ª Pedro (2:20-22), los cuales, después de lavados, se vuelven a revolcar en el cieno, somos en realidad mucho peores que los gentiles. Un cristiano, cuando comienza a ser cristiano, es un "primero"; pero en el momento menos pensado puede convertirse en "último", en "puerco". Y a la inversa, "los postreros serán los primeaos", es decir, aquellos de quienes no se lo esperaba, se hacen cristianos.

3. Precisamente de los cristianos, Cristo puede esperar obras de misericordia.

Siguiendo el ejemplo de Cristo, los cristianos deben ser misericordiosos.

En segundo lugar: el motivo por qué Cristo menciona aquí obras de piedad y de impiedad relacionadas con el 5º Mandamiento, es el hecho de que los cristianos hemos recibido misericordia. Pues nuestro amado Señor Jesucristo nos ha redimido de la ira divina, del pecado también contra el 5º Mandamiento, y de la muerte eterna. En efecto: somos ahora objeto de la misericordia. La ira eterna de Dios ha sido aplacada por Cristo. Gracias a él, el Padre tiene para con nosotros pensamientos de amor y bondad, nos hace mil favores y nos colma de bienes espirituales y corporales. Ya que Cristo calma la ira del Padre y nos granjea su favor, justo es que sigamos este ejemplo. Cristo obró nuestra salvación; pero además de esto, también ha querido darnos un ejemplo. Si su bondad es tan grande que le impulsó a agotar todos los recursos para darnos un alimento que nos deja satisfechos por siempre jamás, ello debe impulsarme a mí a no seguir pecando contra el 5º Mandamiento, sino a mostrar misericordia, afabilidad, amor y bondad, de modo que el móvil para mi actuar debe ser no sólo el temor al juicio que sobrevendrá, sino en medida mayor aún el ejemplo de Cristo. Es verdad: la mayoría de la gente va de mal en peor; no obstante, siempre habrá algunos en quienes el buen ejemplo tuyo surtirá efecto. No todos van por el camino del constante deterioro. Un cierto número está entre los "primeros" y permanecerá también en este grupo; pues Cristo habla de dos partidos. Trata tú de estar en el grupo a su derecha; entonces puedes esperar la llegada del día postrero con ánimo alegre. No tienes por qué temer la sentencia del Señor, ya que estás a su lado derecho, esperando su juicio favorable. Por lo tanto: ¡si quieres prepararte para la vida venidera, empieza ahora, sigue ya ahora el ejemplo de Cristo! Mas si eres un cristiano malo, escaparás al juicio tan poco como escapará el gentil malo. El buen cristiano empero suspira por el advenimiento del Cristo rodeado de su gloria para aquel juicio glorioso, para poder oír de su boca la invitación: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

Los cristianos aguardan el juicio con alegría.

Este juicio lo esperamos con corazones ansiosos. En primer lugar, porque tenemos que habérmolas constantemente con nuestro adversario el diablo que nos oprime. En segundo lugar nos oprime nuestra propia carne que no quiere tolerar que creamos en Dios. Además nos oprimen también los gobiernos tiránicos, los obispos, luego los vecinos del campo y de la ciudad, y los nobles. Tan grande es la miseria y el malestar que tenemos ante los ojos a diario, que no podemos menos que cansarnos y exclamar: "¡Señor, ven y libéranos!" Por ende, es seguro que no faltarán personas que obtendrán esta gracia; éstas, que ahora padecen tribulaciones, esperarán aquel día con gozo y buena conciencia. Y estas mismas personas serán halladas también como creyentes verdaderos; y siendo tales, harán también aquellas obras de misericordia. Pues el que cree que por Cristo ha sido liberado de la ira divina, comparte con gusto sus bienes con otros, y tiene un corazón bondadoso incluso para con sus adversarios, de modo que si los ve padecer hambre y sed, no titubea en socorrerlos en todo lo que pueda. El que responde a este cuadro, el que nota en sí mismo las señales de la fe en Cristo, el que es hallado en esta senda, el tal se llene de gozo; pues a él le espera la gozosa sentencia: "Ven a mí; tú eres uno de estos mis hermanos más pequeños, tú has tenido sed por causa mía, o has hecho un bien a otros, y te has ejercitado en obras de caridad; tú eres un cristiano genuino."

Los demás, los que quieren ignorar el juicio, tienen sobrados motivos para temerlo.

Para esto, el Hijo del Hombre vendrá acompañado de todos los santos ángeles; pero también para juzgar a los que se comportan con altanería como si para ellos no existiera la muerte. Si creyeran y pensaran que algún día habrán de morir como todos los demás, se cuidarían muy bien de hacer aun el más insignificante mal, y no cometerían adulterio. Tan ciega y tan empedernida es la carne: ven que todos los hombres de épocas anteriores han muerto, y sin embargo cierran sus ojos ante esta realidad para no ver lo que tienen que ver. Además, un hombre tal oye que tiene que comparecer ante el tribunal de Cristo y recibir su sentencia por no haber hecho lo que se manda aquí en nuestro Evangelio, sino justamente lo contrario: Si tiene un enemigo, no descansa hasta haberse vengado en él. Más aún: si su amigo tiene hambre, esto no le conmueve en lo más mínimo, sino que si le puede infligir algún daño, lo hace. ¿No te importa nada la muerte ni el tribunal, ante el cual tendrás que comparecer? Pues bien: allá ya está dictada tu sentencia: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber". Imagínate el momento en que resucites de entre los muertos y levantes la tapa de tu ataúd: entonces verás que tienes motivos más que suficientes para asustarte aun ante el juicio más benigno, y desearás que no venga jamás el Juez aquel que tiene la potestad para dictar esta sentencia. Entonces quedarás cubierto de vergüenza ante los ojos de todos, como el hombre que no hace las obras de misericordia y no obstante se viene con excusas tardías. Un hombre tal tiene de cristiano nada más que el nombre, y se ha convertido de uno de los "primeros" en uno de los "últimos".

En vista del juicio de Cristo urge orar y velar.

Los otros en cambio recibirán una sentencia que sonará dulcemente en sus oídos: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, etcétera". Aquí en esta vida terrenal tienen que padecer opresión y diversas otras contrariedades. Y aun en momentos en que no los afecta ningún

dolor en particular, sienten no obstante en su corazón la malicia del diablo y de los muchos tiranos que hay en el mundo. Hartos de todo ello, su anhelo cotidiano es ver aquel día postrero. Los otros en cambio, los "malditos", anhelan justamente lo contrario: que este día tarde lo más posible en llegar, para que ellos puedan seguir dedicándose a la vida disoluta, a la violencia, al robo. Pero aquí se te dice: tú, como cualquier otro, tienes delante de ti la muerte y el juicio. La muerte te muestra su rostro amenazante y te impedirá continuar con tus fechorías; el juicio te dará la recompensa merecida por las maldades que cometiste. Y esto no es un invento nuestro; son palabras del Señor. Allí ya no habrá escapatoria; indefectiblemente tendrás que presentarte ante Dios, sus ángeles y todos los santos. Por lo tanto vuélvete de la dureza de tu corazón, acepta con fe la palabra de tu Dios, eleva a él tu voz en oración sincera, y aprende a ser bondadoso, misericordioso y afable para con tu prójimo. Y empieza con ello ahora mismo que todavía tienes tiempo, para que en aquel día seas hallado entre los que están a la derecha del Señor. En Lucas 21 (v. 34, 35) leemos: "Mirad por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra". En vista de que todo esto sucederá inexorablemente, es preciso que oréis y veléis para que podáis comparecer ante el Hijo del Hombre. Actuemos de una manera tal que en aquel día tengamos un corazón alegre, libre de aprensiones; porque de todos modos, no podremos eludir el encuentro con nuestro Juez. Hagamos pues obras buenas y oremos, para que podamos aguardar su juicio confiadamente, y para que puedas oír de su boca las palabras: "Tú perteneces a los que están a mi derecha".

4. Sólo las obras verdaderamente buenas tienen validez ante el juicio de Cristo.

"Buenas" son las obras hechas en bien de Cristo y de los suyos.

Pero ¿qué obras son buenas? También esto lo enseña Cristo en nuestro Evangelio. Él quiere que se haga una diferencia, entre las obras verdaderamente buenas, y las obras de los turcos y los gentiles. Obras buenas, conforme a la interpretación de Cristo, son las que se hacen "a él". Ahí es donde los impíos quieren que se los excuse por el hecho de que ellos no tuvieron la oportunidad de ver al Señor. Pero él aplica el 5º Mandamiento a su propia persona y dice: "A los pobres siempre los tendréis con vosotros" (Juan 12:8), y "lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños; a mí lo hicisteis". Esto se valorará como la obra más grande: si hacemos un bien a un "hermano de Cristo", es decir, a un cristiano. Y a la inversa, la obra más detestable será hacer un mal a un cristiano, como es costumbre entre nuestros obispos, nobles, ciudadanos y campesinos, culpables no sólo por no dar de comer a los pobres y a los predicadores, sino también por arrebatar a la iglesia lo que otros han aportado para el sostén de la misma. Por eso, si en aquel día quieres estar a la derecha de Cristo, tienes que pertenecer a los que parten su pan con el pobre y contribuyen en el nombre de Cristo al mantenimiento de la parroquia y de la escuela. El párroco y el maestro no ejercen cargos pertenecientes a la autoridad secular. Por esto tampoco poseen bienes propios. Si nadie se muestra dispuesto a darles el sustento, por amor de Dios y de Cristo, carecen totalmente de recursos. Ellos no tienen que ver con el régimen secular ni con negocios terrenales; más aún: si se meten en tales negocios, se ponen al margen del régimen espiritual. Tan preciosa obra es el dar algo a uno de estos humildes servidores de Cristo, que el Señor no tiene reparos en declarar: "El que da de comer o de beber a uno de ellos, me da de comer y de beber a mí mismo. Estos pobres son mis pies y mis miembros: son mis hermanos más

pequeños en cuanto a bienes, son los que no poseen nada. Los demás, los que no están en esta situación, pueden mantenerse sin ayuda ajena. Pero como ellos no tienen el derecho de ocuparse en negocios terrenales, es preciso que otros les faciliten los medios para la subsistencia; y lo que se da a ellos, lo considero como dado a mí mismo." ¿Por qué los que ejercen la autoridad no reconocen esto? Porque lo consideran cosa de poca monta. Un obispo se preguntará: "¿Qué motivos hay para ponderar como asunto importante a los ojos de Dios lo mucho o poco que se da a un simple maestro de escuela?" Hay motivos, y de mucho peso. Si no existieran maestros, párrocos, coadjutores y hospitales, no habría más que paganos. Sin embargo, ellos siempre tuvieron que conformarse con, una remuneración ínfima. Por lo general, los predicadores y maestros son unos tristes pordioseros; por eso la mayoría de la gente no llega a comprender que es algo tan grande darles el sustento necesario; y tampoco llegan a comprender que lo dado a estos hermanos más pequeños equivale a una dádiva presentada a Cristo mismo. Tampoco yo podría ver las cosas de esta manera. Sólo Cristo las ve así; pues sin escuelas y sin el ministerio de la palabra, su reino no podría subsistir, y el mundo entero se convertiría en una Sodoma.

El que omite estas buenas obras, comete el pecado de los de Sodoma.

En cierto pasaje de su libro, el profeta Ezequiel llama a Jerusalén una "hermana de Sodoma". Dice textualmente: "He aquí que ésta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y .sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso... Y tú multiplicaste tus abominaciones más que ellas" (Ezequiel 16: 49, 51). Los habitantes de Sodoma amontonaron riquezas, y en su estado de hartura se entregaron a los vicios más abominables. Por esto fueron aniquilados con azufre y pez. Nuestros ciudadanos y campesinos de hoy amontonan dinero, el pueblo alcanza una prosperidad siempre mayor, se llenan la barriga, beben mosto en cantidad, y del bueno, y nadie quiere dar una mano a los pobres estudiantes. En su opulencia se hacen orgullosos y se olvidan de los indigentes; por esto tampoco se acuerdan de sus predicadores. Y si este estado de cosas se prolongara por mucho tiempo, ya no sabrían cómo vivir, ni qué hacer con su abundancia. De modo que o se avecina el postrer día, o le sobrevendrá a Alemania una catástrofe que lo trastornará y arruinará todo. Nosotros por nuestra parte procuramos la paz; pero todo el mundo hace lo que quiere, no hay orden, no hay disciplina, a pesar de que todos tienen la muerte ante sus ojos. Por un lado, los adversarios papistas matan a los predicadores del evangelio, y entre los evangélicos los dejamos morir de hambre. Hasta tal extremo, Alemania está sumergida en pecados bochornosos, en presunción y en opulencia. A Cristo en cambio y a sus hermanos más pequeños se los desprecia; en lugar de darles el alimento necesario, se lo arrebatan.

Con su comportamiento, Alemania se acarrea un juicio terrible.

No me gusta hacer de profeta. Pero si no es el postrer día el que se acerca, de seguro que será el turco, y éste nos tratará de una manera tal que diremos: "Aquí estaba alguna vez Alemania". Y si no es el turco, es otro tirano. Ya que gozamos de tanta prosperidad material, queremos vivir a nuestro antojo, y a raíz de ello vendrá sobre nosotros el juicio de Sodoma. Aunque muchos de los papistas no sepan o no quieran saber que habrán de morir, y que habrán de ser colocados ante el tribunal de Cristo: los evangélicos sí lo sabemos, pues lo hemos oído y entendido; no obstante, nos comportamos como si no tuviéramos la menor idea de ello. Por esto digo que Alemania todavía cometerá una grandísima tontería contra nuestro Dios y Señor, y pronto la tendrá que pagar. Nuestros adversarios mismos tienen que admitir que nuestra doctrina

es verdadera, y no obstante, matan a los que adhieren a ella. Y aquí, por el lado nuestro, somos desidiosos, descuidamos las obras de misericordia, y sólo nos entregamos a la rapiña. ¿Y si cae sobre nosotros el turco? ¡Cuál no será entonces nuestro descalabro y nuestro lamento! Pero, amigos míos, ¿qué otra cosa podría hacer nuestro Dios y Señor? A menos que el pecado nos ocasione grave daño, no queremos renunciar a nuestras maldades. Pero tampoco queremos sufrir el merecido castigo; incluso nos oponemos al turco, enviado por Dios como azote de la cristiandad relajada. Esto significa endurecer el corazón contra las advertencias de Dios; antes de doblegarnos bajo Su mano, preferiríamos crucificar y matar a Cristo y cargar con la ira de Dios, como Caifas, quien dijo: "Nos conviene que un hombre muera por el pueblo" (Juan 11:50). ¡Ya se sabe cuan conveniente les resultó! Lo mismo pensaban los habitantes de Jerusalén cuando se vieron atacados por los babilonios: "¿Por qué no se elimina de una vez a ese Jeremías? Entonces ya nos libraremos del dominio babilónico". Los de Jerusalén andaban conforme a la carne¹; por esto se desencadenó luego sobre ellos el juicio divino, de modo que de la ciudad de Jerusalén no quedó piedra sobre piedra. Por causa de todo esto, Dios tiene preparado para Alemania un juicio que caerá sobre la nación como una red. Al pensar en ello se me llena de horror el corazón. Existe entre nosotros un evidente endurecimiento de los corazones, señal de la ira extraordinaria de Dios. El juicio, pues, no ha de tardar mucho en producirse, sea que lo ejecute el turco, o sea que nos destruyamos entre nosotros mismos. En efecto: nuestros adversarios reconocen que predicamos la verdad, y no obstante nos persiguen; y nosotros mismos nos creemos muy seguros, robamos con avidez hasta los bienes que poseía la iglesia, y hacemos que el evangelio se muera de hambre. Y una vez que lo hayamos expulsado del país, ¿entonces queremos que Dios derrote a los turcos? ¡Esto sí que no ocurrirá! Al contrario: ni bien el primer turco pise nuestro suelo, sin que nadie le hubiera llamado, todos nos daremos a la fuga. Alemania es una nación poderosa mientras el Señor nos ayude y mientras los nuestros no le pongan trabas al evangelio. Pero cuando Dios nos es adverso, se viene abajo todo nuestro coraje. Sin embargo, todo el mundo hace oídos sordos. Me temo que mi profecía se convertirá en realidad; porque los hombres son impenitentes, nadie quiere escuchar lo que dice la palabra de Dios. Por esto, el Señor acabará con Alemania. No puede tolerar que se blasfeme de su nombre y se desprecie su palabra; jamás lo ha tolerado. Esfuércese pues cada cual por retener este evangelio para que lleguemos a estar entre la multitud de los benditos del Padre colocada a la derecha del Rey, y para que así podamos aguardar el juicio sin temor, con la esperanza segura de entrar en la vida eterna. Amén.

TRANSFORMADO A FORMATO DIGITAL POR
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA, 12 DE FEBRERO DE 2007.

¹ Ro. 8:1; 2ª Pe. 2:10.